

CAPÍTULO II.

LOS BANDOS POLITICOS.

Tanto el patriota Dr. Ignacio Martinez como yo fuimos grandemente agasajados por el partido de los descontentos que se habia formado en torno de D. Benito Juarez en la capital de la República: se nos veía como á las víctimas perseguidas del poder y recibendonos como á mártires políticos que regresaban á la patria amnistiados por la representacion nacional; despues de sufrir un rudo destierro, exhibian una bonita comedia ante el pueblo que comenzaba tambien á su vez á lanzar grandes murmuraciones contra D. Benito Juarez y sus favorecidos á quienes llamaba *hijos del cura*. Al mismo tiempo se daba nuevo vigor á nuestros resentimientos particulares que no deseaban mas que la oportunidad para buscar un campo abierto en donde desarrollarse. Los hombres de ac-

cion nos tendieron la mano y nos hicieron concebir esperanzas de que no tardariamos mucho en encontrarnos en posesion de la revancha que tanto apeteciamos.

Los generales Negrete, Aureliano Rivera, Cosío Pontones, Toledo, Chavarria, Echegaray, Mendez, Bonilla, Mirafuentes y otros cien mas, estaban conspirando, y seguramente que ellos serian mas afortunados que nosotros lo habiamos sido en nuestra empresa de S. Luis y Zacatecas, por las causas que estan referidas antes, supuesto que ya tenian á su favor la experiencia que nosotros les habiamos proporcionado. Para otra vez de seguro que habria mejor organizacion en los movimientos, mas seguridad en los compromisos y bases mas populares en la política para que nadie se abstuviera de entrar gustoso á la revolucion. Sobre todo, si se lograba arreglar un golpe de mano en la misma capital, entonces en un solo dia, y sin necesidad de hacer correr la sangre de centenares de inocentes, podía cambiarse completamente la decoracion.

Esto nos dijeron nuestros amigos cuando llegamos á la capital: el gobierno habia vacilado en su pedestal con la revolucion mal dirijida y peor terminada de S. Luis y Zacatecas, perdiendo muchas de sus fuerzas físicas y morales que lo pondrian casi reducido á la nada en una segunda intentona. Es decir, el gobierno se habia enagenado muchas simpatias entre sus mismos sostenedores, y á causa de la sangre del pueblo que habia derramado en abundancia, era menos temi-

do que odiado, designándosele ya como un gobierno corruptor y concusionario, como una dictadura disfrazada con la máscara de la libertad, como un oprobio en fin para el país del cual era preciso librarse á toda costa.

¡Y todo esto, es fuerza decir la verdad, porque D. Benito Juárez se había estacionado en el poder, temeroso sin duda de que en otras manos peligrasen las instituciones y las reformas que se habían conquistado á costa de tanto sacrificio, y todo esto porque favorecía á sus parientes con empleos y distinciones, cosa que era muy justa y muy puesta en razón; y todo esto, en fin, porque para sostenerse, para resguardar el principio de autoridad del cual era muy celoso, necesitaba procurarse la mayoría en el congreso, por alhagos ó por amenazas, y contar con mayoría en los Estados de gobernadores amigos, en cuya tarea solió herir de muerte á las leyes de la República.

Hoy nos admiramos de que aquello poco nos pareciera mucho; nos sorprende mas de que tan pequeñas faltas en la práctica de las instituciones liberales provocaran tres revoluciones; hoy que tanto hemos visto, nos llenamos de asombro de que entonces estuvieran tan delicadas las fibras del patriotismo, para que vinieran los tiempos en que se embotara todo sentimiento de amor á la libertad. ¿Acaso aquellas eran unas generaciones y estas son otras? ¿Acaso aquellos eran mas mexicanos que los que despues han seguido habitando esta Republica?... No! nada de esto; nosotros encontramos para explicar esos hechos esta

sencilla contestacion: el patriotismo de entonces es el mismo de siempre, solo que las revoluciones han perdido el crédito en esta República, porque no han producido muy provechosos frutos, pero lo que principalmente ha matado el espíritu revolucionario es el amor á la paz, ante cuyo altar están los mexicanos dispuestos á hacer los mayores sacrificios. Sufrieron ya una administracion en que hubo personas que saquearan al país con insolencia, que hicieran fortunas inmensas con el mayor descaro, que delante de todos los habitantes de México cargaran con los millones de la Tesorería para sus casas, que abofetearan á cada uno de los mexicanos en su indignidad, y se sufrió con estoicismo hasta el momento en que quisieron ir muy lejos, tan lejos como hacer una gran especulacion á costa de la honra del país. Entonces ya no fué posible tener mas prudencia y se protestó contra tal ignominia con un grito general de indignacion, significándose que de esta actitud podría pasarse fácilmente á defender con las armas el decoro de la República. Los insaciables hijos de la codicia cedieron y el pueblo tornó á guardar su acostumbrada actitud de tranquilidad.

Esto prueba que entonces como ahora y como siempre, hay sentimientos patróticos en todos los mexicanos, que pueden estar adormecidos, pero nunca muertos. Esto prueba que saben amar la paz y sobreponerse á su ardor por la práctica de las instituciones, con tal de que aquella pueda sostenerse para dejar asegurado el porvenir que ha comenzado á presentarse á nuestros

ojos tan lleno de encantos. Eso prueba que sabemos sufrir pero no renegar de nuestras aspiraciones eternas á la verdadera libertad. Sufrimos que azóten nuestras espaldas, mientras vemos en el horizonte algun vestigio de emancipacion, mientras que la paz nos otorga beneficios que no mancillen la honra comun.... pero ¡ay de aquel que atenta contra la soberanía y la dignidad de la Patria! Entonces dejamos de ser los siervos sumisos para convertirnos en los vengadores de la República.

No es mucho esto, pero es lo bastante, cuando tanto se ha trabajado en empequeñecernos, en degradarnos, en oprimirnos, en debilitarnos y en hacernos incapaces de comprender lo que es la santa, la inmaculada libertad.

Así creo poder explicar el que en tiempo del patriota Juárez hubiera tanta facilidad para revolucionarlo por verdaderas pequeñeces, cuando los crímenes que se han visto despues en los altos dignatarios de la nacion, no han llegado mas que á producir pequeñas nubecillas en el limpio cielo de la patria.

No es que los mexicanos nos hallamos vuelto mas prostituidos, mas venales, mas apocados ni mas imbéciles; sino porque en aquel tiempo la guerra de reforma, y la guerra contra el imperio nos llenaron de susceptibilidad; y las revoluciones posteriores nos quitaron las ilusiones por los cambios á mano armada, ficando todas nuestras esperanzas de un porvenir mejor en bases tan sólidas como la paz, el progreso y la civilizacion. Ya verán los que vivan en el siglo que

llega, cuando haya ilustracion en las masas, si vuelve á haber en México hombres públicos que se lleven las rentas á sus casas, sin recibir por ello el menor castigo. No, no hay que desconfiar del porvenir.

Pero dejo ya las consideraciones políticas, que ocurren naturalmente cada vez que se dá una ojeada sobre la historia tan llena de páginas negras de nuestra patria, para continuar relatando con toda fidelidad los acontecimientos en que yo tuve alguna parte.

Como es fácil suponer llegué al seno de mi familia contento, muy contento, pero completamente falto de recursos. Los elementos que nos facilitaron á nuestro paso en Veracruz y Puebla nuestros amigos y correligionarios, apenas nos bastaron á Martínez y á mi para nuestros gastos del camino y de los primeros dias de llegados, quedándonos á poco sin mas dinero que el que pudiera proporcionarnos alguno que otro amigo, de los cuales siempre hay pocos, que estuvieran en buena posicion.

El gobierno á buen seguro que nos ocupara, y nosotros nunca nos prestaríamos, en primer lugar por orgullo y por conviccion, y en segundo lugar porque teníamos nuestras profesiones: Martínez era médico y yo abogado, con lo cual teníamos alguna perspectiva, aunque un poco lejana. La dificultad era del momento y necesitábamos poner los medios mas enérgicos para vencerla inmediatamente. Le conseguí recursos á Ignacio Martínez para que se fuera á Matehuala donde se proponia ejercer la medicina y yo me quedé en México pensando en lo que podria hacer para subvenir á los gastos de mi familia.

En el tiempo de la campaña, además, se habían contraído deudas que era fuerza pagar.

La situación era en extremo difícil, tan difícil, como no he tenido otra en mi vida.

Yo no era conocido como profesor de derecho, sino como profesor de revoluciones, y de consiguiente no habría cristiano en el Palacio de Justicia que quisiera confiarme sus negocios. Para adquirir crédito como abogado y proporcionarme clientela, necesitaba pasar por un noviciado de tres años, y las apuraciones eran de minuto en minuto. Necesitaba tomar una resolución violenta, porque si dejaba pasar ocho días más, ya no habría facilidad de que en la cocina de mi casa se pusiera lumbre ni hubiera un pan que llevar á la boca.

Por de pronto quedaban algunos objetos que podían venderse y empeñarse y que produciendo una bagatela llegarían á extinguirse y con ellos la última esperanza.

Era preciso, pues, de todo punto, utilizar en algo duradero aquello poco que nos quedaba

—*El Padre Cobos!* dije suspirando.

Y suspiré, convencido, de que el trabajo del periodista en México es noble, pero muy peligroso. Muy peligroso sobre todo para el que no tiene ligas con el poder y se propone decir la verdad sin contemplaciones.

Había entonces dos clases de periodistas, según sabe todo el mundo. Unos pagados para encubrir los abusos y decir que era bueno todo lo que hacía el go-

bierno, santificando los mayores atentados y las mayores injusticias; y otros de oposición encargados de instruir al pueblo de lo que pasaba y poner en claro con valor civil los actos de los gobernantes.

Pocas veces ha habido verdadera libertad de imprenta entre nosotros á la sombra de una pacífica legislación, habiendo procurado á veces ahogarla los magnates que no han gustado de que sus actos sean conocidos.

Durante el gobierno del Sr. Juárez hubo una libertad relativa, pues si bien se persiguió con el anatema á los escritores de oposición y alguna venganza se cebaba en ellos siempre que había una oportunidad, en lo general se pudo escribir libremente. El escritor independiente sabía muy bien que no tendría acceso á los puestos públicos, aunque fueran de elección popular por la sobrevigilancia que se ejercía en los comicios y por las chicanas que se ponían en juego antes y después de la elección; pero al menos sabía que disfrutaba de ciertas garantías, tales como la de no ir á la cárcel ni ser apaleado, al antojo de las autoridades.

Aquello de *el respeto al derecho ajeno es la paz*, máxima de Juárez que si no se observaba al pié de la letra era un poco respetada, al menos en la parte correspondiente á la libertad de la prensa, sirvió muchas veces para evitar atropellos y peligros.

El escritor público independiente estaba seguro, segurísimo, de no atrapar ni un mendrugo del presupuesto mientras estuviera con el arma desenvainada; pero con seguridad se le abrían de par en par las puer-

tas de la Tesorería siempre que se pasaba á las filas del gobierno con armas y bagajes.

De todas maneras, Juárez era rencoroso y no dejaba de aprovechar cualquiera circunstancia para ejercer una venganza, siempre que pudiera tener una apariencia de justicia. No había entonces llegado el descaro de los mandarines hasta la flagelación ó el asesinato decretados mas tarde contra los que molestaban la quietud de los gobiernos, y sin embargo era ingrata la tarea de ser escritor opositorista.

Al combate! exclamé una vez resuelto, aunque conociera los inconvenientes, y empuñé de nuevo la pluma.

CAPITULO III.

"EL MENSAJERO."

El día 1º de Enero de 1871, apareció el primer número de la 2ª Epoca del *Padre Cobos*, el cual fué saludado con entusiasmo por el gran partido liberal que formaba entonces la oposicion.

El *Monitor* se manifestaba tambien un poco anti-gobiernista y lo adopté por compañero y aliado, yendo á la imprenta de Garcia Torres, como en la primera época, á arreglar la impresion de mi bisemanal. No sabía entonces que aquella era en México la casa mas cara y la mas exigente.

Por mas que mi periódico se vendiera extraordinariamente, los gastos eran fuertes y había que esperar algunos meses para que llegaran á la capital los rendimientos de los Estados, por cuya razon empecé á verme muy apurado de recursos ya en el tercer número.